



UN VIAJE POR LAS ESTRELLAS

Jordi Gonell

UN VIAJE
POR LAS ESTRELLAS



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jordi Gonell

ISBN: 978-84-19151-72-8

ISBN digital: 978-84-19151-73-5

Depósito legal: M-9182-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi hermana Montse,
que debe descansar en alguna estrella;
y por todas las estrellas que me han llevado luz
en mi camino a pensar en un futuro.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
EL FINAL DEL CAMINO	17
EL REENCUENTRO CON LAS AMISTADES	25
«Un viaje por las estrellas» ROCAS SUBMARINAS	31
LA BÚSQUEDA DE LO ESPECIAL	35
SUBJETIVO U OBJETIVO, ROCAS O PIEDRAS	53
EL VIAJE A LAS ESTRELLAS.....	67
LOS INICIOS DEL CAMINO	73
LA BÚSQUEDA DEL TESORO	77
EL RECUERDO DE LO PRETÉRITO.....	81
LA LUCHA DE LA FIERA.....	85
EL RETORNO DE LAS PALABRAS.....	87
LAS ONDAS DE LA ESPADA	93
LA VUELTA	101
BUSCANDO ANDAR CON LA CABEZA ALTA	113
EL NUEVO DÍA	115
EL RETORNO A LAS ESTRELLAS.....	119
EL AGUA DE LA VIDA.....	121
2ª parte	125
AMISTADES	127
Y UN MAGO ME DIJO: «TÚ DEBES LUCHAR POR LA MAGIA»	139
LA FUENTE DE LA VIDA.....	141
EL PASO DEL AGUA.....	143

EL SUEÑO DE LA NOCHE	147
LA CERA DE LA VELA	153
El «AMANSADOR» DE FIERAS.....	165
3ª parte. PRIMAVERA	167
EL RETORNO AL PASADO	169
UN POEMA PARA LA PRIMAVERA.....	175
LA SALIDA.....	185
EL COCHE DE ALBERTO	187
BIENVENIDA A LAS AMISTADES	193
EL CIELO AZUL.....	209
EN ESE MOMENTO YA ERA YO EL QUE HABLABA.....	215
LA ENTREGA DE PREMIOS	219
PRIMAVERA EN BARCELONA.....	223
ESPERANZA	245
LA FIGURA.....	249
EL ENCUENTRO CON NIEVES.....	253
MIENTRAS LA LUNA NOS MIRABA	255
Epílogo	261

PRÓLOGO

Hace más de cuatro años desde que pude realizar un camino especial y muy significativo en mi vida.

Desde entonces he tenido instantes satisfactorios, pero también otros que han sido complejos y dificultosos.

Anteriormente no había visto parajes tan distintos como los que los peregrinos pueden observar al hacer ese camino, algunos de esos parajes reflejaban aspectos de un gran esplendor y belleza, como la diversidad de la naturaleza y sus aspectos distintos y singulares.

Pude llegar a la ciudad de Santiago el mediodía del 31 de octubre de 2008. Tras veinticuatro días de un muy importante sustento para el alma y especiales vivencias placenteras, tras experiencias de situaciones inverosímiles, obtuve un cambio, tanto en el aspecto físico, como en mi ánimo. No solamente era el cambio de imagen aquello importante, era el progreso interno.

Tenía también una sensación de proximidad y cercanía a lo liviano con los ocho kilos que había rebajado y al haber podido reposar del peso de la mochila en ese punto final del camino, tras esos descubrimientos desde mi partida en Roncesvalles, ese paradero bello, septentrional, de Navarra, justo en la frontera con Francia.

Me gustó haber adelgazado esos quilos, pero aquello que más satisfacción me había ofrecido fue restar el peso de pensamiento con que afrontaba las jornadas tras haber recorrido con entusiasmo el encuentro de múltiples circunstancias. Muy a menudo establecí conversaciones singulares con todos y cada uno de esos peregrinos. Eso sí, todos querían hablar de la belleza de su región o país. Eran agradables las expresiones de cada peregrino, como conversar con personas de otras culturas.

No recorrí el camino con ninguna intención concreta, simplemente creía que me sería beneficioso, y tenía muchas ganas e intención de recorrerlo, como de mover el cuerpo.

Esas veinticuatro jornadas que habían transcurrido con ilusiones me llevaron a quebrantar la rutina con cada uno de los fotogramas bellos, reflejos de alegría, que potenciaban el bienestar, en ese periplo con tantas incógnitas distintas, unidas tanto a haber recorrido ese trayecto como a haber andado con personas varias y poder decidir en cada momento, fueron lo que me enriqueció.

Aquel fue un otoño diferente al habitual, una temporada y una estación repleta de horas de gran calidez y confortamiento; a veces, pisando hojarasca, pensaba que tantos debieron ser los que pasaron y transcurrieron por allí con entusiasmo, en ese terreno con sombras, paradas cortas y estacionamientos, tras transcurso por entornos de frondosidad. Para mi fortuna no había sido una estación excesivamente húmeda.

Había podido llegar a Santiago pese a hacerlo con una gran fatiga, con una sensación cercana a una percepción propia de vacío. Era una sensación singular, con un momento de duda justo al finalizar esa ruta, que me llevó a llamar a mis amistades. Al día siguiente ya no debería seguir las señales, y eso causaba una sensación de ligero caos temporal y, de otra parte, una alegría, porque era el punto en el que una persona ya en las últimas etapas pretendía

volver al propio hogar con el reencuentro que eso comportaba. Yo tenía en esa etapa mi grupo de amistades desde unos meses atrás, que parecía consolidado.

Tenía ilusión en llegar y seguir las pautas de ese camino de confluencias, que sobre todo consistían en la duda resultante de poder proseguir con la misma sencillez, con las credenciales; tras alcanzar ese desenlace, no sabía ni conocía qué podría alcanzar a esperar de la siguiente jornada. Seguramente podría volver a mi localidad de nuevo, otra vez, dejando atrás mucho padecimiento anterior a esa extensa etapa merecida de tanto aporte. Pensé que debía hacer ese camino. Esa etapa fue posiblemente la más interesante y adecuada de mi larga y prolongada trayectoria.

Muchas personas me transmitían algunos consejos y conservaba recuerdos tras haber hecho varias pausas y haber parado en los albergues dedicados al confortamiento de los caminantes, en los que había sido habitual acudir y en los que los encargados de la atención a los peregrinos habían tenido una manera de relacionarse conmigo y con mis acompañantes muy satisfactoria.

Había hecho bastantes fotografías, como diapositivas que me llevaban a la cima, al punto más álgido, al desenlace. Eran fotografías y representaciones bellas, embelesadoras, que alegraban mis recuerdos, escenarios excepcionales.

Algunos de los acompañantes podían hablar de política u otros asuntos propios. Había quienes, incluso, me invitaban a visitar aquellos lugares y emplazamientos de donde provenían. Yo en ninguna ocasión hablaba más allá de poder alcanzar a descubrir todas y cada una de esas sendas y caminos tan diferentes, especiales. Seguramente veían un chico humilde en mí. Miraba enfrente y descubría un mundo y un universo nuevos, que ya había podido lograr sobrevivir tras todos los sucesos anteriores que habían acontecido. Tenían todas las personas mucha experiencia en aquello que podía hallarse en el Camino y te enseñaban y mostraban algunos

lugares y emplazamientos curiosos y de agrado al descubrirlos. El Camino se desenvolvía entre muchas especies diferentes de vegetales, arbustos, que para muchos podían parecer insignificantes o arboledas de tipología muy variada, buenos alimentos, y la gratitud de observarse la belleza de la diversidad; qué gratos los distintos bosques y las diferentes personas.

Gabri, el protagonista, en ocasiones yo mismo, y en otras ocasiones como otras tantas personas pudiesen ser los protagonistas de esa historia, porque el camino no se recorría solo, sin la compañía de tantas personas, sino que lo formaban todos y cada uno de los grupos de gente con diversidad de opiniones y sus experiencias acontecidas, que en algunos casos podían ser similares y en los que algunos se identificaban, y con decisiones que se debían tomar.

El camino entero en solitario no era maravilloso. Las casualidades y las decisiones me juntaron con aquellos que fueron los protagonistas de ese camino para mí.

Mis amistades me ofrecían una compañía en eventos maravillosos, en actividades que me llevaban a ver el fondo del mar. Todo consistía en sumar, esas aventuras aportaban, eran aventuras satisfactorias y repletas de sonrisas en las cercanías de la costa. Ese espejo en el que observar era maravilloso y real, como las fotografías y retales con los que me divertía. En algunos lugares se escondían incógnitas. En cuanto a las personas que me había encontrado y con quienes en algún momento había proseguido, eran unos individuos con intereses distintos. Apetecía andar y avanzar junto con otras personas. Cada uno decidía si indagar en la posible compañía, en ese camino todas las experiencias me otorgarían crecimiento. Formaba parte de esa senda desear un buen camino. Con lo que me ofrecían mis amistades, hacer esa senda me complementaría.

La intención era trascendente en la vida, como que el camino pudiese ser novedoso, y comportar nuevas ocasiones, alejarse de la rutina y descubrir cómo vivir con humildad.

Esos que me recomendaban recorrer el Camino en dos o tres ocasiones podrían tener una gran experiencia en esa senda, pero ya no lo descubrirían tan fascinante como la primera oportunidad. La novedad era muy importante, como la sorpresa.

A mí me fascinaba indagar y dar rodeos en mi pensamiento, en mi espacio, lo había hecho desde pequeño, pero también divertirme y alegrarme, conversar o decidir. Me daba cuenta de la parte más bella de las personas y de la diferencia de carácter.

Me alegraba cuando un grupo se formaba, porque podía pensar con mayor privacidad y más plenamente, pues el diálogo no era tan envolvente como cuando andábamos dos solamente, y después decidía si seguir con ese grupo o abandonarlo. Muchos podían escoger qué hacer cuando descubrían hábitos que indicaban que por allí donde habían pasado era más apropiado y adecuado no continuar. Aunque fuese bello ponerse esa meta e imaginarse llegar feliz, cada uno decidía vivir el recorrido a su manera.

Pocas eran las personas que allí se preocupaban de su traje humilde, esos aposentos, algunas de esas personas eran diferentes fuera del Camino o en la propia senda, se alegraban de llevar algún detalle que los pudiese distinguir, y de esa manera, llamar la atención de otras personas. Siempre la soledad era mal vista y seguir en grupo era observado como algo ideal.

Desde pequeño descubrí paredes y muros repletos de significativos pequeños dibujos e ilustraciones, cubiertos de cierta singularidad.

El cielo siempre fomentaba claridad, hubiese nubes o en días claros. La lluvia ayudaba a nutrir. El sol llevaba a crecer. En ese camino recorrías y descubrías paisajes en un solo país con distintos climas, moderado en tamaño.

Ese manto no atrapaba, sino que tan solo cubría, y era siempre liviano porque eran siempre parajes de paso. Parecía casi una utopía ese recorrido espiritual acompañado de acción, tras marismas observadas en viejos recuerdos.

Gabri era a menudo subjetivo en los hechos y las emociones. Y en otras ocasiones se presentaba en versiones más realistas y objetivas cuando razonaba y no tomaba decisiones impulsivas, y tenía ese manto de raciocinio. Estaba acompañado de emociones creativas y poéticas, esa canción fruto de la ilusión que avanzaba con pausas, esa belleza de los detalles, como la ligereza de la sábana con la que se cubría, que era común, pero arriesgaba en ocasiones. Era atrevido en las alturas y apaciguado en los llanos, se adaptaba y tenía cierto temor a lo que no conocía, y a veces aparentaba ser valiente y en la mayoría de veces, tras ese camino, era tranquilo.

Podía alcanzar a proveerse un individuo de entusiasmo en la novedad y la riqueza natural, aunque un niño se maravillaba al ver construcciones en miniatura, como esas carabelas creadas por sus tíos y sus progenitores, los individuos que construían esas maravillas, en los distintos avances que no esperaban si decaías, sin tregua, sin descanso. Había algunos milagros que se podían hacer realidad, como salir de casa y descubrir el mundo.

El fuego interior surgía tras esa alegría, tras episodios y experiencias cercanos a la fortaleza y la determinación, tras la digestión de pensamientos y alimentos.

Por eso y otras muchas circunstancias varias había decidido recorrer ese camino, esa senda que era acompañada de gran humildad y compases distintos, casi de secretos que otros querrían descubrir.

EL FINAL DEL CAMINO

Había llegado a Santiago con la pesada mochila. Tan solo fui equipado con dos prendas de cada, pero pesaban junto al saco de dormir y otros objetos de necesidad.

Aquellas prendas y vestimentas eran el objeto más valioso que podía alcanzarse en ese instante, como los objetos comprados de los que cada persona se abastecía, que serían bellos recuerdos para la familia, aunque en algunos tiempos sobrarían y creía que abastecería en muchos momentos de una inmensa alegría próxima a «mi hogar», cuando estuviese allí, y de los que me había provisto al llegar a esa población, Santiago de Compostela.

El raciocinio era ambiguo, y más tras la ingesta de unas cervezas.

Los aposentos con las que podía vestirse y cubrirse cada persona podían ser propios de la personalidad de cada individuo, originales, como algunas de esas imágenes con las que cada uno pretendería construir y afianzarse, y conllevaba hacer el devenir personal como posible.

Aquella ropa era cubierta de ilusiones, en ocasiones era ese traje del que era propio cada individuo hacer caso a la tradición, lo cercano a la leyenda, que incitaba a quemar alguna de las prendas, como señal de renovación interior, al llegar a Santiago o a Finiste-

rre. Mi seguridad con esos cambios beneficiosos iba creciendo, de la misma manera que mi sentido del humor.

Aquella tarde, al atardecer tenía yo la intención de alcanzar a desplazarme con el tren, de vuelta a mi casa y volver a mi hogar, dirigirme a ese reencuentro, ver y saludar a quienes me habían estado esperando. De hecho, ya había comprado el billete de regreso a mi hogar, pero un amigo y mi cuñado me habían hecho cambiar de idea ante mi duda y me habían llevado a la inquietud de adentrarme en nuevas situaciones de diversión. Tardaría mucho tiempo en volver a visitar esa ciudad, eso era lo que me dijeron mis amistades. Como en el transcurso del viaje, decían que todo estaba igual que antes en nuestros hogares, que no tuviese prisa.

Era una lástima haber alcanzado ese emplazamiento y no poder descubrir la ciudad, y además me apetecía conocer el ambiente nocturno de aquella localidad tan esplendorosa. Todas las personas tenían esos aspectos tan distintos y a la vez tan comunes, de igual manera sucedía en esas tierras como en tantas otras, serían personas anónimas, no eran reconocidas aquellas que se pudiese encontrar en esa población extensa y de tanta simbología ese día.

Ya había podido ir a recoger el diploma que acreditaba que había podido recorrer el Camino, y por eso tenía la mochila repleta de gran variedad de recuerdos, variedad de vivencias y situaciones diferentes que ofrecían anécdotas e historias, como esos retales, esas fotografías con la intención de conservar los parajes que no recordaría de no plasmarlos con esa humilde máquina. Lo importante era no detenerme tras la decisión tomada, y además no hacer excesivo caso a las leyendas, como los peligros que se podían esconder tras mares de falsa calma, esos bellos parajes espléndidos.

Pude anular el billete de tren en la estación y recoger otro para la siguiente jornada al mediodía. Busqué un hostel económico y dejé los objetos allí, en esa habitación. ¡Qué descanso!

Había comprado ya los obsequios. La habitación no era la más adecuada para un joven inexperto como yo en viajes en solitario, y me sobrevino una sensación de mucha soledad. Era la primera vez que estaba en un hostel yo solo.

Me preguntaba cómo sería el reencuentro con mis familiares y amistades, pero tras mi cambio seguro que se sorprenderían. Me apetecía ver y descubrir lo que se podía esconder tras las sombras en el ambiente de esa extensa ciudad tan elegante. Todo me parecía llevar al reposo, ya no debía seguir.

Más tarde, en el transcurso de la noche, en la habitación me sentí muy solo y traté de retirarme a mi tímido espacio, bebiendo unas cuantas cervezas.

Cuando estabas mucho tiempo solo te era necesario a ratos avanzar en grupo. Cuando habías caminado en grupo, tenías una sensación extraña ante la posterior soledad y más sin estar en movimiento. Las plenas telecomunicaciones aún no existían en ese presente. Era complejo descubrir la sensación de soledad, y no era beneficiosa, pero el silencio para algunos era de tanto agrado...

Aquella sería una noche muy aburrida y quizás había hecho mal al cambiar el día y el billete de regreso, pero el billete ya estaba anulado y a esa hora no tenía ninguna posibilidad de volver. Pretendía recobrar la fortaleza con la ingesta de comida y alguna de esas bebidas que muchas personas podían pensar en tomar al llegar a la meta. Yo estaba acostumbrado al movimiento.

Me refugié en alguna de esas latas engañosas, con algo que a cada rato parecía otorgarme fortaleza, como no pensar si había

sido un error tras tantos días procurando cuidarme. Siempre se buscaba una excusa para estar con buena consciencia, y más cuando eras joven.

Ya había sido yo bebedor en fiestas en las que discutíamos sobre quién se había llevado y se llevaría más chicas, esas reuniones bellas de pubertad y juventud, como había hecho en muchos de esos hogares que inspiraban un carácter aparentemente festivo, que unía a personas que escapaban de ser solitarias e intentaban hacer huir a quienes nos llevábamos bien con la soledad en ocasiones. Claro que las conversaciones favorecían debates horizontales, y no rudos...

En mi posada, en ese reposo y descanso en el que me establecía, tras haber estado gran parte del camino acompañado, era esa la noche anterior a Todos los Santos, la cual se acompañaba de moniatos y castañas, y cuando pude salir a la calle en esa festividad, en el espacio libre, había una gran cantidad de personas. Vestían aposentos varios y disfraces repletos de colorido, que adornaban la noche, que de no ser por esas personas sería solitaria, el aposento de las personas eran aquellas prendas con las que se podían cubrir los individuos cuando hacía frío en el exterior, en aquellos ambientes algo gélidos, en los que uno padecía de algunas sensaciones de menor calidez, pero en entornos de montaña el otoño era tan fascinante... Pretendía yo en las últimas jornadas llegar antes que finalizase el mes.

Era la noche de Halloween, una noche ideal para algunos, nadie se relacionaba con los peregrinos solitarios ya a esas horas. Por eso esa noche, en esa ciudad, no era fácil juntarse ni siquiera con quienes habíamos decidido avanzar sin contactar más allá que desear un buen camino. Ellos y yo teníamos pudor al juntarnos.

Nos habíamos encontrado por casualidad en esas partes del camino. No significaba que las otras personas fuesen mejores o

peores, habíamos decidido andar en solitario, o nuestro acompañante lo decidió.

Un familiar me había recomendado un bar que conocía, Las Crechas, un bar con música de tipología instrumental.

Existía un ambiente muy satisfactorio en ese bar, claro que en ese lugar estaría mejor con un grupo hipotético de amistades.

En mi tierra natal, todos me conocían, y por eso en mi entorno, encauzado en los últimos meses, contaban conmigo y decidíamos. Allí, en cambio, estaba yo solo, con el silencio y con esa desfragmentada sensación de soledad, en una población en la que además no me conocía nadie. En todo caso, me sentía acompañado de los instrumentos del grupo de músicos que tocaba a esas horas en ese emblemático bar. Tras el preámbulo ofrecido por mis amistades, yo quise proseguir y permanecí en el Camino, en mi memoria. Otros decidieron volver antes. Me resultó bello.

No era una persona antisocial, pero en esa situación no me era sencillo hacer amistades. No me pasaba por la cabeza conocer gente en Santiago esa noche, allí, tan lejos de mi hogar. Era la misma sensación que yo había tenido en el resto del Camino, si yo debía conocer a personas con intención de divertirme, era mejor hacerlo en las proximidades de mi localidad. Tal vez era la distancia la que me llevaba a tener esa sensación de pereza.

Esa noche no me divertí mucho, había bebido en exceso y ya estaba algo dominado por la embriaguez de las dos cervezas que había ingerido, tras haber ingerido tanto líquido y haber concluido el camino, y tras todos y cada uno de los momentos e instantes de indecisión e incertidumbre experimentados.

Otros compañeros del Camino, que dejaban como yo atrás la senda, también iban embriagados. Me apresuré a llegar antes de que finalizase el mes y además se había acortado una hora la luz por las tardes, y eso me provocaba una brizna de tristeza.

Guardaba un gran recuerdo de Jesús, el señor de la región de Navarra con quien había logrado compartir los últimos días de esa senda. Él iba a un ritmo muy alto, y eso me beneficiaba en mi propósito de llegar justo antes de que finalizase el mes. En ese peregrinaje por el Camino a Santiago, era con quien me había podido sentir más cómodo y reconfortado. Él ya lo había recorrido en dos ocasiones ese Camino. Me había dejado solo en una jornada muy exigente, una jornada de lluvia muy intensa tras estar recogidos en un bar, en la cual el cielo, ese gran manto, estaba muy oscurecido y llevaba a sentirse vulnerable para continuar. Pero aun así había podido valorar aquellos últimos instantes en el Camino, como yo había sido capaz de superar ese tramo en solitario. Para mí aquello era un gran orgullo y me otorgaba de nutrientes para el alma.

No sabía ni conocía la razón que me había llevado a permanecer en solitario. Podía ser la causa que no le agradase mi compañía y había podido percibir que si no fuese porque había variedad de obstáculos, había largos ratos en los que avanzar solo me fascinaba y me llevaba a acrecentar la ilusión, pero la soledad podía ser tu peor enemigo al tomar decisiones y no eran reconocibles esos encuentros fugaces experimentados anteriormente, leves, pero subjetivamente intensos.

También me acordaba de las muchas personas humildes con quienes mantuvimos breves contactos. Al día siguiente, me encontré con Jesús, por casualidad y después de la misa del Botafumeiro él me invitó a comer. Se disculpó de una muy buena manera, porque me vio debilitado; de hecho, no tenía de qué disculparse, y de no habernos encontrado no hubiese tenido lugar ese almuerzo.

Me dijo que si necesitaba ayuda y respaldo lo llamase. Esa comida, sin grandes adornos, me recobró por completo de la sensación de fatiga. Lo que me había reconfortado más fue su gesto. Finalmente me fui de Santiago con una adecuada sensación. Me preguntaba si aquel señor me podía ofrecer respaldo, que si en algún momento e instante podía necesitar algún apoyo me lo podría facilitar. Ese gesto me había llevado a reconfortarme, aunque estaba seguro de que seguiría sin apoyos.

Me despedía de él y esa ciudad con una sensación agradable. Él debería conocer mejor el Camino que yo, y sabía que esa sensación era lo único y lo más adecuado que podía aportarme en ese momento. Algún día necesitaría su ayuda, y entonces debería pensar que aún tenía un prolongado trayecto y una larga senda por delante y la debería afrontar en solitario. Siempre era gratificante avanzar percibiendo la plenitud, lo cual conllevaba una sensación de libertad plena cuando uno estaba más tranquilo, tras una etapa de gran actividad física.

EL REENCUENTRO CON LAS AMISTADES

Pude llegar a Barcelona el mediodía del 2 de noviembre. El viaje de regreso se me hizo largo, pero me llevaba a volver orgulloso tras lo recorrido y eran presentes especialmente en mi mente las oportunidades y el recuerdo de haberme lucrado de diversión y compañía en las diferentes estancias en albergues. Todo eran novedades para mi mirada monótona en ocasiones.

No me había sentido afortunado en la compañía de ese trayecto tan largo, a pesar de que era una buena persona la señora que me acompañaba en los asientos del mismo vagón. Yo esperaba en aquel momento llegar a mi ciudad, estaba cansado. Durante aquella jornada que recordaba llovía mucho en ese tan largo trayecto. Ella tenía ganas e intención de hablar, por eso a ratos me hacía el adormilado. El trayecto era prolongado y yo pretendía llegar. Tenía ilusión por ver a mis compañeros, esas amistades que me podrían ver de nuevo con energías renovadas.

Tras el trayecto en tren, mi padre había venido a recogerme a la estación. Me encontró muy cambiado ya en las primeras conversaciones, tergiversado en mis aspectos intrínsecos, y además con una barba larga y espesa. Y yo, aun estando cansado y muy fatigado, rebosaba de juventud y bienestar.

Me dijo:

—Hombre, Gabriel, hijo, no me lo puedo creer... —y era así, lo anunció con pequeñas frases. Yo le respondía con una seguridad que quebrantaba.

Le pregunté por la familia y mentí un poco.

—Os he echado en falta. ¿Cómo estáis?

—Por aquí todo igual. Debes estar cansado..., vamos para casa. Has cambiado mucho...

Al llegar a casa el resto de mis familiares estaban igual de sorprendidos y me hicieron preguntas, mientras yo les daba esos obsequios tras uno de mis primeros viajes propios de madurez, obsequios que para mí eran muy especiales, como poder entregárselos.

Pienso que más que todo el peso que me había quitado de encima, no esperaban poder verme tan sereno. Aquella comida tan succulenta con Jesús, que alimentaba de esa manera el alma, me había aportado confortamiento. En general todas las sensaciones habían sido excepcionales y pudieron ser origen de sinceras emociones que llenaban de optimismo y dinamismo el estado de ánimo de los peregrinos.

En el transcurso del Camino de Santiago todos podían mostrar su parte más benevolente, y las sensaciones se nutrían de ello. Sabía que esa calidez me acompañaría.

Me llevaba todo ello a pensar en el vigor que sentíamos muchos, pero a veces una persona tras haber padecido rastros de circunstancias que le menguaron la posibilidad de seguir con el más pleno bienestar, luego se alegraba con menos. Esa era una gran enseñanza para los peregrinos.

Por la tarde, en los atardeceres, me reuní con cada una de mis amistades. Me hacía una gran ilusión verlos después de aquellas vacaciones tan eternas y de ese periplo que podía dar pie a ser

prolongado, especial, y escaso por la intención de pretender que siguiese. Tenía una mirada mucho más rejuvenecida, pero al final la sensación fue propia de una sensación muy ambigua.

Todos los conocidos podían cuestionarme diversos asuntos, como cuánto terreno había recorrido, las ciudades en las que había estado... A mí lo que más me ilusionaba era verlos, y es que los compañeros del Camino eran de tierras muy lejanas y yo me había resguardado de tratar de conocer chicas con las que tener roce estando tan alejado de mi zona.

Mis allegados tenían envidia sana por todo aquello que expresaba en mis anécdotas, lo que había experimentado y mis vivencias. Muchas eran las personas que mostraban una expresión de gran sorpresa. En mi gesticulación y mi imagen había un crecimiento en las vivencias, lo cual llevaba a crecimiento sano. El hogar propio cada uno lo podía «decorar» como quisiese tras haber observado tantos detalles diferentes, a veces bellos, como relojes de arena con los que no parecía que transcurriese el tiempo, pero a la vez sí que transcurría...

Mis amistades habían sido esas personas e individuos que más apoyo y respaldo me habían ofrecido a lo largo del Camino.

Me recordaron una y otra vez que todo continuaba con la misma monotonía. Ya podía volver, que todo era muy aburrido en ese emplazamiento, en esa situación sin novedades. Eso era lo que me había comentado una de mis amistades al llegar a Santiago.

El jardín de la vida podía estar repleto de gran diversidad de flores y cantidad de vegetales y plantas, variedad de figuras extrañas en las noches, en los que el mejor recogimiento era poder hacer un gesto pensando en los demás para dar sensación de compañía.

Todos y cada uno de los jardines y esos patios repletos de pequeñas o esas diminutas estatuas vistas y construidas por personas tenían vida propia y animaban a tener movimiento. La persona no debía separarse de eso. Era importante dedicar horas al diálogo, pero lo más importante de no ser perdido era la ilusión y la empatía.

Hacer las cosas con amor, la máquina era buena, pero solamente ofrecía apariencia de compañía, no ofrecía la sensación de ser infranqueable, la amistad era lo bello, como los bosques que animaban a las especies.

Qué bella la representación y alcanzar a plasmar y representar figuras en ciertos momentos y entornos, como esas cuevas que la naturaleza había esbozado o esas estalagmitas y estalactitas que tal vez pretendiesen acercarse con respeto y con pausas.

Aprovechando ese instante de alegría y jolgorio, tenía una satisfacción por empezar a conocer nuevas personas, como alcanzar a llegar a un nuevo lugar y descubrir chicas y amistades que pudiesen acercarme a mis metas, a mis objetivos. Era el momento idóneo, animado, maduro...

Como otros peregrinos en los que el Camino de Santiago había llevado a cabo un aprendizaje, comprendí que la soledad nunca era mala ni dañina, pero que era mucho más apropiada la gratitud de buenas compañías, tratando de encontrarlas, guardando los márgenes, pero pudiendo ser generoso.

Recordaba todavía una frase que comportaba una sensación extraña, una frase que me había comentado esa señora que se sentó al lado en el tren y que no me produjo ninguna satisfacción al escucharla en ese instante:

«Lo importante es seguir, seguir...».

Hay momentos en que el alma de uno mismo, yo mismo, tengamos la edad que tengamos, ya se siente madura como para que le intenten ratificar algunas personas. En muchos momentos me había sentido con un estado de ánimo inmejorable... No pretendía seguir creciendo, pero seguramente la mujer se refería a otro aspecto diferente... y es que la vida y el transcurso de cada una de las personas podía acabar ofreciendo algún avance, pero simplemente en el transcurso del viaje en el tren y en la noche anterior de ingesta de alcohol y búsqueda de encuentros ya había perdido una carta, suerte que ese señor que me había acompañado trató con cierto éxito que la recuperase en nuestro reencuentro casual.

No estaría ninguna noche más con las apreciaciones que tenía en ese momento en Santiago. Y para qué debía dar tantas vueltas, y tal vez no me dijo ni su auténtico nombre, pero creía que no requeriría la ayuda, y mejor no intentarlo si era posible. Tal vez de ser así no contestase nadie, ni perduraría esa amistad...

